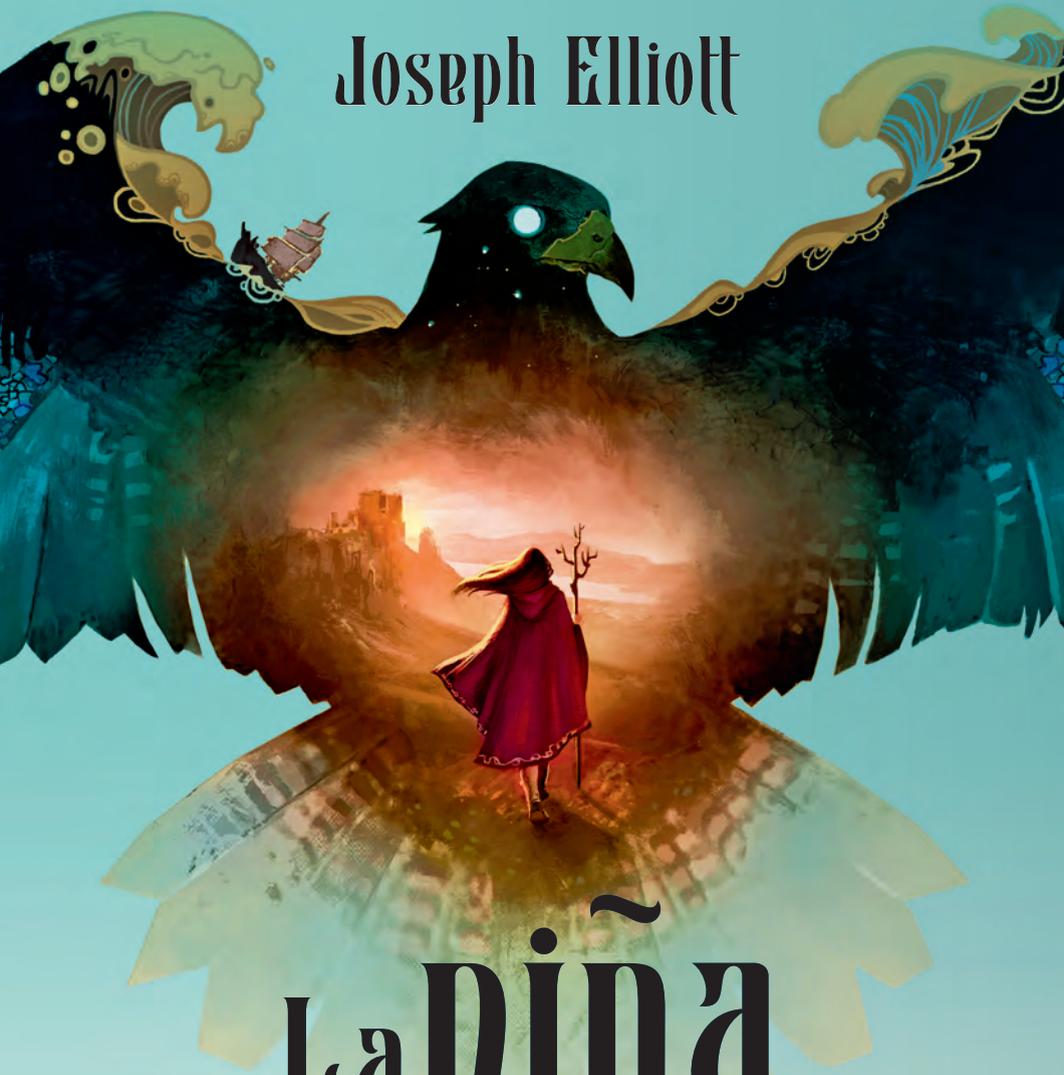


«Un debut emocionante, insólito y brutalmente envolvente» *The Guardian*

Joseph Elliott



La Niña Halcón

GRANTRAVESÍA

Joseph Elliott

La Niña Halcón



Traducción de
Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Todas las actividades, escenas peligrosas, descripciones, información y cualquier otro material se incluyen exclusivamente con fines de entretenimiento y no reflejan ejemplos literales, ni exactos, ni deben ser imitados ni replicados por persona alguna, pues podrían derivar en lesiones.

LA NIÑA HALCÓN

Título original: *The Good Hawk*

© 2020, Joseph Elliott

Traducción: Mercedes Guhl

Diseño de portada: © 2020, Mondadori Libri S.p.A.

Ilustración de portada: Barbara Ciardo

Ilustraciones de interior: © 2020 Levente Szabo,

reproducidas con permiso de Walker Books Ltd, London SE11 5HJ

D. R. © Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21 - 23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D. R. © 2020, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 - 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2020

ISBN: 978-84-120304-7-1

Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN SPAIN / PRINTED IN ESPAÑA



Clann-a-Tuath

Raoisgy

ISLA
DE SKYE



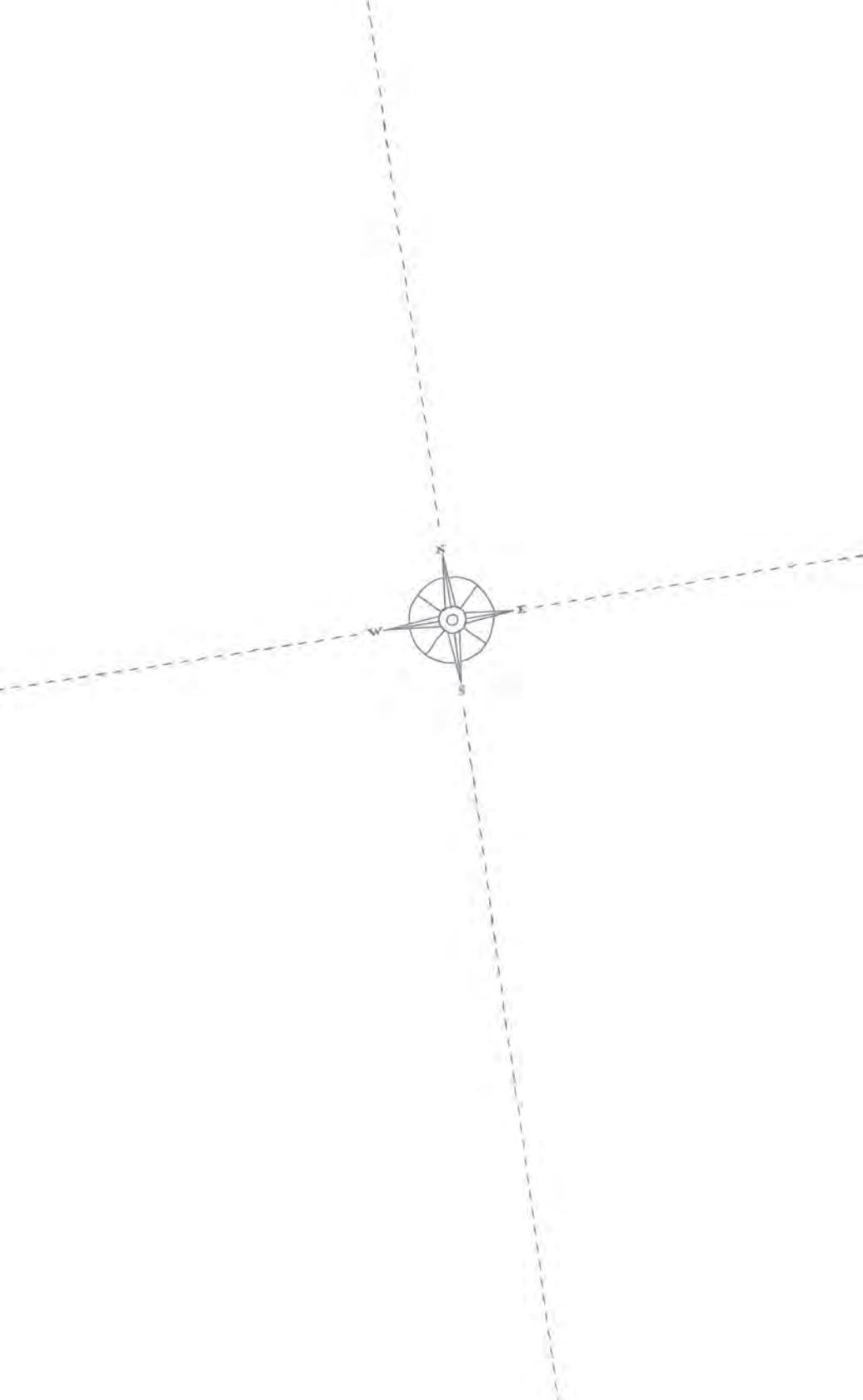
SCOTIA

Hacia Norvega

Hacia Inghland

PRIMERA PARTE
Skye







AGATHA

El viento me da en la nariz y me arden los ojos. Hoy me he puesto dos capas porque soy lista. Las mantengo cerradas con ambas manos. Tengo las puntas de los dedos heladas, pero no me preocupa porque es mi trabajo y es importante.

Miro el mar. Las olas suben y bajan. A veces sigo una con la mirada, desde lejos hasta el sitio donde me encuentro. La miro y no le quito los ojos de encima hasta que se acerca, y rompe en la playa. Es una cosa difícil y sé hacerla muy bien.

Cuando era pequeña, me moría de ganas de salir a navegar. Les pedí muchas veces a los Pescadores y a las Focas que me llevaran en sus barcos y botes, pero se negaban. Me apartaban a un lado y me llamaban “estorbo-bueno-para-nada”, y eso no es de buena educación. Planeé hacerlo sola. Trepé la muralla cuando nadie me veía, y logré bajar por el otro lado. Era difícil, pero no para mí porque soy buena para trepar. Las olas me batían las piernas y me mojaban la cara y yo me reía porque me gustaba, y el agua sabía un poco a sopa. Pero entonces llegó una ola más grande y no pude sostenerme más tiempo, y caí. Hubiera podido ahogarme, pero uno de los Halcones me vio, y se dio cuenta de cómo agitaba los brazos para flotar.

—¡Qué chica más tonta! —dijo al sacarme del agua—. ¡La más tonta de todas!

Ahora soy más lista y no lo volvería a hacer.

Después de lo que sucedió, ya no quiero montar en barco. Me quedé en nuestro enclave y no volví a mirar al mar hasta que me dieron mi *dreuchd*. Ese día me puse muy feliz porque me nombraron Halcón, y ése es mi deber, que es muy importante. Algún día yo también rescataré a alguien que se esté ahogando, tal como hizo ese Halcón cuando me salvó.

—Parece que tienes frío —es Lenox quien lo dice, otro Halcón—. Ve un rato a la torre para que entres en calor. He encendido el fuego allí —agrega. Al hablar, junta y arruga las cejas, que son grandes y negras.

—No... no quiero —digo, y niego con la cabeza. No me gusta porque, si voy a la torre, estaré dentro y no custodiando el mar, que es lo que se supone que debo hacer.

—Anda, pequeña, te lo aconsejo por tu propio bien —dice, y me empuja en la espalda. Detesto que me diga “pequeña” porque ya no lo soy. Tengo quince años, así que no debería llamarme así. Me enfurruño, para que se dé cuenta.

Cuando entren en la torre, pateo el fuego porque no quiero estar allí, y las chispas salen volando hacia las paredes. Es una habitación pequeña, circular. No tendría que haber pateado las llamas. Ahora tal vez se apaguen, y eso sería malo. Amontono las brasas con mi pie y echo otros palos pequeños para que otra vez sea una buena fogata. Aunque no quería entrar, es agradable estar calentita, y muevo los dedos, cosa que también es agradable. Me quito la primera capa que llevo puesta y luego la que está debajo, para poder llegar al bolsillo en el pecho en el que guardé a Milkwort. Lo siento tibio, y eso es bueno porque me preocupaba que estuviera pasando frío.

Lo acerco al fuego, pues le gusta. En los pantalones tengo algo de pan que guardé. Me lo agradece y come mirando las llamas.

—No te acerques demasiado —le advierto.

Milkwort es mi amigo. Es un ratón y también es un secreto. Nadie sabe que lo tengo. Nadie además de Maistreas Eilionoir. No sé cómo lo averiguó. Es vieja y lo sabe todo. Cuando se enteró, me arrastró a su *bothan* y me dijo que me deshiciera de él.

“Puedes ganarte un buen castigo por esto”, me dijo. Me sujetaba por el brazo, con fuerza, y me lastimaba a pesar de que es vieja y sus manos no son grandes.

“Ya lo sé”, dije, y traté de zafarme. Las personas creen que soy tonta, pero no lo soy.

“Deshazte de él, antes de que alguien que no sea tan benévolo como yo llegue a enterarse”, me soltó y sobé mi brazo para luego retirarme.

—Muy bien, Agatha, ahora me toca a mí.

La voz me toma por sorpresa. He debido pasar más tiempo del que creía mirando el fuego. Es Flora, y es su turno de entrar. Me aterra pensar que haya visto a Milkwort. Miro a donde estaba, pero ya no lo veo.

—Tengo que p-ponerme las dos capas. Espera un m-momento, ¿vale?

—Por supuesto.

Por suerte, Flora se da la vuelta, así que puedo buscar a Milkwort sin que me vea. Quisiera llamarlo, pero ella me oiría, así que en mi mente hago como si lo llamara. Hablar con los animales no es *dùth*, y eso quiere decir que no debe hacerse. No lo veo cerca de la fogata y no hay ningún lugar donde pueda ocultarse. Debe andar por ahí, porque nunca se iría sin mí. Y entonces lo veo en una hendidura entre dos piedras, en

la pared. Ha sido muy inteligente por su parte meterse allí. Le tiendo la mano y salta para trepar por mi brazo hasta mi nuca, luego se desliza a mi bolsillo. Por poco nos descubren. Me abrocho ambas capas lo más rápido que puedo.

—Listo —le digo a Flora.

—Gracias —dice. Sonríe, entrando, y yo vuelvo a salir a la muralla.

Me cae bien Flora porque es amable. Es mi amiga. Es otra chica, como yo. Su cabello es color castaño claro y es más alta que yo. Cuando la hicieron Halcón, la ayudé contándole todo lo que uno tiene que saber para ser un buen Halcón, como aprender a distinguir la aleta de un delfín de la del terrible escualo navaja, y la mejor manera de atravesar a un cangrejo araña con una lanza, y lo que significan las cinco campanas y cómo tocarlas debidamente. Soy muy buena para ayudar.

El mar está gris hoy, con apenas unas líneas blancas. Parece un montón de piedras rotas. Mientras observo, tengo que caminar también. De otra forma, mi sangre se congelará. Eso es lo que dice Lenox.

Tengo que dar ciento diecisiete pasos para recorrer esta parte de la muralla, y lo sé porque los he contado. Sé caminar sin mirar mis pies, y eso es bueno porque puedo tener los ojos puestos en el mar todo el tiempo, sin perderme nada de lo que pase allí. Cuando llego al otro extremo doy media vuelta y camino de regreso, y luego otra vez de ida, y de regreso de nuevo, y así todo el día.

A mis espaldas está el enclave. Ahí es donde vivimos todos, y se llama Clann-a-Tuath, que es el nombre de mi clan. Existen otros clanes pero están lejos, en otras partes de la isla. No puedo verlos desde la muralla porque Skye es una isla muy grande. Nosotros estamos en la parte norte. En nuestro

enclave hay muchos *bothans* construidos con piedra, y es ahí donde dormimos. Y hay una muralla que lo rodea todo. Hay gente que quisiera venir a nuestro enclave, pero no está permitido, y por eso tengo que estar vigilando desde la muralla para impedirles la entrada si lo intentan.

Se está haciendo de noche. Hay que mirar con más cuidado cuando oscurece porque no se ve bien. Hay algo allí, en el mar. Lo he visto porque estaba observando con atención. Está lejos y no es grande, creo que es un barco. No le despego los ojos hasta que está más cerca y entonces lo sé, es un barco. No sé quién vendrá dentro. A lo mejor es un barco de las Focas que regresa. Eso sería algo bueno.

Camino hacia la torre y no quito la vista del barco. Todas las torres tienen una serie de campanas para poder emitir anuncios de alerta y enviar mensajes con los sonidos. Cojo el martillo y voy a hacer sonar la Primera una sola vez, esto indica que veo un barco y que en él vienen personas pero que no consigo ver todavía quiénes son, pero el sonido se oye antes de que golpee la campana. Me sobresalta porque no lo espero, y me confunde un poco que haya sonado sin que yo la golpeará. Y entonces me doy cuenta de que no ha sido mi campana la que ha sonado sino otra, de otra torre, y que la ha hecho sonar otra persona. Me siento confundida porque esperaba un sonido y, al oír otro, me cuesta recordar cuál ha sido. Podría haber sido la Segunda campana, pero no, creo que más bien era la Cuarta. No son buenas noticias. La Cuarta quiere decir peligro, y dos golpes en ella quieren decir que es un barco y que viene al ataque. Mi corazón late acelerado. Cuando uno oye esa campana, lo más importante es actuar con rapidez. Si no se hace, podría haber muertos porque es una amenaza grave. Miro hacia la otra torre,

pero no veo a nadie ni tampoco en la muralla que la rodea. Entonces, ¿quién ha hecho sonar la campana? Miro de nuevo al mar. El barco se acerca veloz y yo soy la única persona que puede detenerlo. Debo detenerlo. Es mi deber y es muy importante y debo proteger a mi clan.

Corro hacia la ballesta y la preparo para disparar. La flecha ya está dispuesta. Es grande, metálica. El pedernal lo llevo guardado en el cinturón, porque siempre debemos tenerlo con nosotros. Lo saco y trato de encender el musgo que lleva la flecha, pero no logro hacerlo. Está mojado porque ha llovido. Meneo la cabeza y arranco el musgo para echarlo al mar. Necesito otra cosa. Miro hacia el frente y grito porque me doy cuenta de lo cerca que está el barco ahora. *Piensa, piensa*, tengo que pensar en algo. Y entonces se me ocurre qué hacer.

Me saco la bota para quitarme el calcetín, muy muy rápido. Amarro el calcetín al extremo de la flecha, primero con un nudo y luego con otros dos, para que no caiga. Es un buen plan. No resulta fácil prender el calcetín porque hay que golpear el pedernal muy rápido. Me tiemblan las manos. Lo intento muchísimas veces y al fin lo consigo. El fuego crece por la grasa de animal que hay en la flecha. Por el rabillo del ojo veo a alguien: es Lenox, que está en la muralla, a lo lejos. Me hace señas para que me apresure. Él sabe que debo hacerlo rápido porque el barco ya está muy cerca. Coloco la ballesta para apuntar al centro del barco, alineo la punta de la flecha hacia el lugar que quiero, como me lo han enseñado.

—¡Agatha, no! —el grito de Lenox es un eco, pero mi dedo ya ha apretado el gatillo. ¿Por qué me ha dicho que no disparara?

La flecha sube muy alto hacia el cielo. El barco está más cerca y distingo a los que van dentro. ¡Qué raro! Entrecierro

los ojos porque lo que veo no está bien. Alcanzo a ver sus rostros y no está bien porque los conozco.

Eso quiere decir que es uno de nuestros barcos. He cometido un error terrible.



JAIME

El barco se mece y me revuelve el estómago. Abro la boca para vomitar, pero sólo brota un lloriqueo hueco. Me aferro con fuerza al costado del barco. Pequeños y afilados trozos de pintura se desprenden bajo mis dedos. Estoy seguro de que los otros Pescadores me miran con lástima cuando me doy la vuelta. Me estoy esforzando, de verdad que sí. Espero que se den cuenta.

Estiro un brazo para bajarme la capucha y cubrir parte de mi cara. El viento azota y la empuja hacia atrás. La lluvia helada se me clava en las mejillas y cae por mi cuello.

—Parece como si un alcatraz te hubiera levantado —dice Aileen, acercándose a mí.

—Así me siento —respondo entre arcadas. Si un alcatraz tratara de levantarme en este momento, tal vez no haría nada para evitarlo.

—¿Te traigo un poco de agua? —a pesar de la lluvia que cae sin parar y de que el barco se zarandea para un lado y otro, Aileen se las arregla para tener buen aspecto.

—Estoy bien —contesto, alejándome un poco. Prefiero que no me vea así.

—Lo bueno es que parece que sirves para atraer más peces. Hemos capturado una gran cantidad de peces desde que empezaste a vaciar tus entrañas en el agua —está tratando de hacerme sonreír. En realidad, no quiero hacerlo—. Aunque no sé por qué —continúa—. Apesta.

Las comisuras de los labios me traicionan, y empiezan a curvarse hacia arriba.

—¡Y ahí tenemos una sonrisa! ¡Definitivamente! —exclama—. ¡Sabía que podía lograrlo!

—No lo es —contesto, obligando a mi boca a torcerse.

—Con el tiempo irás mejorando —dice—, te lo prometo.

A pesar de que ella tiene más o menos la misma edad que yo, le dieron su *dreuchd* hace cosa de seis meses, así que tiene todo ese tiempo de práctica. Pero estoy seguro de que siempre lo ha hecho bien, incluso desde la primera semana. Revuelve mi pelo con la mano, y luego me deja a solas con mi desgracia. La veo regresar a su puesto, y lanzar su sedal al mar. Le dice algo al Pescador que está más allá, y lo hace reír. ¿Cómo lo consigue? ¿Cómo logra que una persona ría sin mayor dificultad? Es una de las razones por las cuales le cae bien a todo el mundo, yo incluido. Lo único bueno de que me hayan nombrado Pescador es que ahora puedo pasar más tiempo con ella. Es mi mejor amiga. Siempre lo ha sido.

Las olas golpean el costado del barco con un sonido repetitivo, *bum-plaf, bum-plaf*. Miro hacia abajo y me arrepiento de inmediato. Toda esa agua profunda y oscura. Mi mente empieza a considerar todas las posibles criaturas que podrían estar ahí, al acecho bajo la superficie: calamares gigantes, rayas asesinas, letales escualos navaja... Cierro los ojos con fuerza. *Estoy a salvo en el barco. Estoy a salvo en el barco. Tengo*

que repetírmelo una y otra vez. Mientras no piense en todo lo que puede haber en el agua estoy bien.

El clima tarda mucho en mejorar, y las nubes pasan de un gris amenazante a un blanco sucio. A medida que las olas se hacen más suaves, mi malestar disminuye también, y me apresuro para cumplir con todas mis tareas atrasadas. Como soy el miembro más novato de la tripulación, me han asignado una serie de labores que nadie más quiere, como desenredar los cabos y poner las carnadas. Trabajo en silencio, sentado a solas, cabizbajo.

Para empeorar las cosas, hoy hemos partido hacia el oriente, con lo cual la isla de Raasay queda directamente frente a nosotros: una franja montañosa entre Skye y la tierra firme de Scotia. Evito mirarla. Allí es donde vive la chica, la que va a echarlo todo a perder. No quiero pensar en ella en este momento.

Justo antes del anochecer, emprendemos el regreso. Ha sido un día largo, pero toda mi desesperación se esfuma a la vista del enclave. Sus murallas se elevan a lo lejos como un faro de bienvenida. Fragmentos de las olas que rompen hacen que las antiguas piedras brillen.

Ése es mi hogar.

Todo mi cuerpo añora estar allá, rodeado por los rostros familiares de mi clan, sintiendo el suelo esponjoso bajo mis pies. Anhele sentirme seguro. En alguna parte de la muralla, la Segunda campana resuena dos veces, anunciando nuestra llegada.

—¿Por qué le han asignado a ella un puesto central? —dice el capitán. Sigo su mirada y distingo a Agatha, una de las niñas Halcón, junto a una torre, mirándonos—. ¿Y qué diablos está haciendo?

A duras penas alcanzo a ver los brazos de Agatha, afanándose alrededor de la ballesta. Da un par de brincos, luego amarra algo a la flecha y le prende fuego.

—Va a dispararnos. Esa pobre idiota va a dispararnos —dice el capitán.

Un chasquido poderoso se escucha cuando la flecha traza un arco por encima de nosotros. Como no parece que esté bien dirigida, el capitán no se molesta en alterar la dirección del barco. En lugar de eso, levanta la vista y le lanza una sarta de improperios a Agatha. Yo no despego la vista de la flecha. Surca el cielo como una estrella errante, con ruta incierta. Un golpe de viento la empuja, altera su curso en el último momento y la lleva directamente hacia nosotros.

Abro la boca para gritar una advertencia...

Pero es demasiado tarde.

Cae en las velas antes de que alguien pueda reaccionar, y las incendia. Las llamas avanzan lamiendo el puente y se encrespan alrededor del mástil. Suelto un chillido y, en mis prisas por ponerme en pie, tropiezo a causa de mis largas piernas. El calor es intenso y me tuesta la piel a la vez que me hace arder los ojos. Uno de los Pescadores vuelca una cubeta de agua, en un intento por sofocar las llamas, sin darse cuenta o sin que le importe que en esa agua también haya carnada: camarones. Las criaturas llegan en una oleada donde estoy y flotan patéticas, hasta que el fuego las devora con una serie de pequeñas explosiones. El olor de marisco chamuscado me quema la nariz.

—¡Abandonen el barco! —grita el capitán.

¿Qué? No. El mar es demasiado profundo.

El resto salta por encima de la borda en todas las direcciones.

Me quedo en la borda, mirando el agua, con las piernas paralizadas. No puedo hacerlo. No puedo.

Alguien me empuja por detrás. Trato de resistirme, pero mis rodillas ceden y caigo al mar.

El frío del agua me golpea como una avalancha de piedras. Me hundo en las profundidades. Giro en círculos, pero no consigo encontrar la superficie. Agito brazos y piernas en todas direcciones. A mi derecha, un vago resplandor anaranjado perfora la oscuridad. Es la llamarada del barco. Pataleo hacia allá. Algo me roza una pierna. El pánico me atenaza los pulmones y me clava sus uñas. Me vuelvo. No hay nada allí. Me vuelvo de nuevo, pero ya no puedo ver el barco, ya no sé dónde es arriba o abajo. Me retuerzo a un lado y otro, con la esperanza de salir de la oscuridad en cualquier momento. Estoy atrapado en el agua y no puedo respirar. No puedo respirar. No puedo respirar.

Unas manos toscas me encuentran y tiran de mí hacia arriba. Y entonces una nueva sensación de frío me envuelve cuando mi cabeza sale a la superficie. Aspiro bocanadas de aire salado. Por encima de mí, fragmentos de ceniza llueven desde el cadáver del barco.

—¿Dónde está Jaime? ¡Buscadlo! —se gritan unos a otros.

—Aquí lo tengo —dice una voz en mi oído. Quienquiera que sea empieza a arrastrarme hacia la muralla.

—Estoy bien —afirmo, tosiendo agua de mar. Ahora que puedo ver el enclave, preferiría llegar allí por mis propios medios. No seré el mejor nadador del mundo, pero por lo menos soy capaz de nadar unos cuantos cientos de metros. Tampoco quiero que los demás Pescadores vean que me tienen que ayudar; antes de eso, ya estaban convencidos de que soy un inútil. Trato de zafarme de mi salvador, pero él no me suelta.

Echo un vistazo a mi alrededor en busca de Aileen. No la veo por ninguna parte. Restos ardientes del naufragio se desploman, y chisporrotean al tocar el agua. Cuando llegamos a la muralla, el capitán insiste en que me saquen primero y que me lleven directamente al *bothan* que se usa para los enfermos.

—¿Dónde está Aileen? —pregunto, pero nadie responde.

—Es crucial que no se enferme —dice alguien mientras me llevan apresuradamente a través del enclave—. La ceremonia tendrá lugar en menos de dos semanas —como si necesitara que me lo recordaran. Varias personas me meten en el *bothan* y me sepultan bajo mil mantas. Una vez dentro, los Herboristas se afanan a mi alrededor, secándome el pelo y dándome sopa.

—¿Aileen ha conseguido regresar sin problemas? —preguntó de nuevo, alzando la voz un poco esta vez.

—Ella está bien, todos están bien —contesta uno de los Herboristas, posando una mano sudorosa en mi frente—. Nuestra prioridad en este momento eres tú, jovencito.

Los dejo hacer. Jamás me ha gustado ser el centro de atención, pero sé que tienen buenas intenciones. Uno de ellos incluso me trae a escondidas una rebanada de pan horneado cubierta con una gruesa capa de mantequilla, con lo cual mis ánimos mejoran un poco.

—Sí que ha sido toda una aventura —exclama Aileen entrando al *bothan*. Se ha cambiado la ropa mojada por otra seca, pero su cabello del color del óxido aún está empapado.

—¡Aileen!

Los Herboristas se apartan para dejarla llegar hasta mí. Aileen aprieta mis puños entre sus manos.

—He pensado que más valía asegurarme de que seguías con vida —dice.

—Estoy vivo, sí.

—¿Y te sientes bien?

—Estoy bien. Quizás un poco avergonzado. ¿Qué dicen los demás? ¿Seguirán burlándose de mí?

—No, ¿por qué se burlarían?

—Porque se supone que debo ser un Pescador y he estado a punto de ahogarme...

—Nadie lo sabe, ni le importa. De eso estoy segura.

—¿En serio?

—De verdad. Así que deja de preocuparte. Es una orden —me apunta con su dedo, dirigiéndome su mirada más severa.

—Muy bien, gracias —y realmente lo pienso así. Ella siempre sabe decir lo más adecuado en todo momento.

Siento un cosquilleo en la garganta. Empiezo a toser. Debo tener todavía algo de agua en los pulmones. Una vez que empiezo, parece que nunca terminaré.

—¿Estás incomodando a nuestro paciente? —dice uno de los Herboristas, acercándose para ver cómo estoy.

—Yo no he hecho nada —dice Aileen, levantando ambas manos.

—Pues me parece que será mejor que dejes descansar a este pequeño ratón —dice el Herborista, dándome palmadas en la espalda a la vez que me frota el pecho.

—Nos vemos por la mañana —dice Aileen, y no puede resistirse a darme un ligero golpe con los nudillos en la cabeza antes de salir.

—Buenas noches —le digo, alejando su mano de un golpe. Me deja con una enorme sonrisa pintada en el rostro.

Poco después, los Herboristas salen también, insistiendo en la importancia de que duerma de inmediato. Antes de que

tenga oportunidad de hacer caso a sus instrucciones, se oye un golpe en la puerta del *bothan* y entra Maighstir Ross.

—Jaime-Iasgair, ¿cómo te encuentras? —pregunta.

Caramba, la ceremonia debe ser algo realmente importante si me visita el propio jefe del clan.

—Estoy bien —digo, por milésima vez—. Gracias.

—Muy bien —se queda en silencio un momento, como si fuera a decir algo más, pero luego baja la cabeza y vuelve hacia la puerta. Ha sido una visita muy breve.

—¿Maighstir Ross?

—¿Sí? —pregunta sin quitar la mano del pomo de la puerta.

—He estado pensando... me han dicho que mañana tendría que ir a la bahía de Kilmalug con los demás Pescadores de mi barco, para pescar desde la orilla, pero... me preguntaba si en lugar de eso tal vez podría quedarme con las Avispas...

Se dibujan varias arrugas en su frente.

—¿Que quieres qué?

—Quedarme con las Avispas, como parte de mi aprendizaje. He pensado que si los observo armar un nuevo barco, tal vez podría aprender cómo arreglar uno, en caso de que algo se estropee mientras estamos mar adentro —no sé de dónde me sale el valor para hacer semejante propuesta—. Además, la bahía está bastante alejada. Tal vez sería mejor para mi salud permanecer en el enclave —y suelto una tos lastimera para subrayar mi propuesta.

Maighstir Ross no es ningún tonto. Debe saber que no me está yendo demasiado bien como Pescador, pero trabajar en un oficio distinto al que te ha sido asignado se considera *dùth*. Así que mi petición es casi ilegal. Su expresión se suaviza y veo una leve insinuación de sonrisa.

—Muy bien —dice—, pero debes aprender únicamente de lo que ves. Eres un Pescador, y valdría la pena que te hicieras a la idea.

—Sí, Maighstir.

—Ahora, reposa. Necesitamos que estés sano y en buenas condiciones para la Ceremonia.

Cualquier rastro de amabilidad que había en su mirada desaparece en el momento en que menciona la Ceremonia. Ha sido un cambio muy sutil, pero lo he notado. Sopla el farol con fuerza, y sume el *bothan* en la oscuridad. La puerta hace ruido cuando sale.

Intento dormir, pero mil ideas hormiguean en mi cerebro. Casi todas tienen que ver con la Ceremonia, por supuesto. La declaración se hizo hace una semana. Cuando me convocaron por primera vez al círculo de reuniones, todo mi cuerpo vibraba de emoción. Sabía que recibiría mi *dreuchd*, o sea, la vocación de mi vida. Había estado aguardando ese momento desde que cumplí los catorce años. Ser parte de la comunidad que practica un oficio y trabajar por el bien del clan es el honor más grande que uno pueda tener.

Mi entusiasmo se desvaneció cuando me nombraron Pescador. Tuve que esforzarme por ocultar mi desilusión. Al fin y al cabo, todas las labores son importantes. Me enorgullezco de ser un Pescador. De verdad. Y los ancianos debieron tener una buena razón para tomar esa decisión. Es cosa de que yo trabaje duro para ser mejor.

En cuanto se hizo el anuncio, los demás Pescadores entraron al círculo y me untaron todo el cuerpo con las vísceras de un pescado que acababan de abrir. No fue la experiencia más disfrutable, a decir verdad, pero así es como ha sido siempre. En consecuencia, yo estaba empapado y apestando a pesca-

do cuando, poco después, me convocaron al círculo una vez más. Di un paso al frente, mientras la sangre goteaba de mis escuálidos brazos.

Con la vista del clan entero sobre mí, meforcé a evitar los temblores por el frío. Jamás había sabido de nadie a quien convocaran dos veces en la misma noche, así que me puse en guardia de inmediato, pensando en lo peor. Fue Maighstir Ross quien hizo la declaración, mirándome fijamente a los ojos. Dijo que sería un “gesto crucial para garantizar las relaciones diplomáticas por muchas generaciones venideras”. Un silencio enfermizo siguió, y no fue sino hasta que Maighstir Ross gritó: “Que el Clann-a-Tuath conserve siempre su fuerza”, que todos levantaron sus puños y lanzaron vítores. Sin embargo, los rostros no conseguían ocultar su confusión.

Pero es algo que sucederá. Ya se han hecho todos los arreglos.

Me voy a casar.

Con una chica de la isla de Raasay.

Nadie quiere que ese casamiento se celebre, y yo menos que ninguno. El matrimonio no es lo correcto, todo el mundo lo sabe. Sin importar lo que me digan los ancianos, es evidente que la única razón por la cual fui “escogido” es porque tengo la edad adecuada y porque es muy poco probable que me oponga.

Todos me dicen que es un gran honor, pero sólo lo dicen para hacerme sentir mejor. Hay seis clanes en Skye, y ninguno ha permitido casamientos desde hace más de un siglo, así que seré el único casado en toda la isla. Ni siquiera Maighstir Ross pudo ocultar su desprecio por lo que está a punto de suceder. Nadie querrá tener nada que ver conmigo después de la ceremonia, lo sé. No seré más que un recordatorio ambulante de la debilidad de nuestro clan.

El Clann-a-Tuath siempre ha sido un clan orgulloso, firme frente a enemigos y aliados, tanto en la isla de Skye como allende el mar. ¿Por qué, entonces, poner en entredicho nuestras creencias en este momento?

Definitivamente, hay algo más detrás de esta unión de lo que los ancianos nos han contado. Hay algo que los ha llevado al borde de la desesperación. Algo que escapa a su control. Sea lo que sea, sólo puede ser algo malo.



AGATHA

—Desde el principio les dije que era una mala idea.
—Esas palabras no nos llevan a ninguna parte, Clyde.

—Lo que quiero decir es que esto iba a suceder tarde o temprano. Y si seguimos con ella ahí arriba, será sólo cuestión de tiempo que pase otra vez.

—Estoy de acuerdo. Ha demostrado que no es persona de fiar en puestos de responsabilidad.

—Más que eso, debemos discutir también un castigo. Esa chica merece ser castigada.

Hay muchas voces hablando, así que no es fácil saber quién dice qué. Se supone que no debo estar en el *bothan* de los ancianos, porque no es un lugar público, lo cual significa que no puedo entrar sin permiso. Por eso estoy escondida. Y me meteré en problemas muy serios si llegan a encontrarme.

—¿No creen que retirarla de su labor será suficiente castigo?

—Vamos, fue un error accidental. No pretendía hacerle mal a nadie —quien acaba de hablar es Maighstir Ross, creo. Es el jefe del clan durante esta luna, lo cual quiere decir que es la persona más importante. Hay siete ancianos y cada luna cambian de jefe, para ser más justos.

—Ya sé que no pretendía hacerle mal ni daño a nadie, pero eso no impidió que lo hiciera. Fue una suerte que nadie resultara ahogado. Y eso sin contar con que hemos perdido un barco. A las Avispas les llevará semanas reemplazarlo.

—Clyde tiene razón. Son tiempos de peligro estos que vivimos. No podemos arriesgarnos a que nada ni nadie ponga en riesgo a nuestro clan. Sobre todo, después de lo que le sucedió al Clann-na-Bruthaich.

—No estamos seguros de qué le sucedió a ese clan. No tenemos certeza.

—Tenemos certeza: los *deamhain* los invadieron. Eso quiere decir que aquí estamos expuestos. Y que somos vulnerables, además. En especial con ella como primera línea de defensa —es Maighstir Clyde quien dice eso. No me agrada mucho porque a veces puede ser odioso.

—Siempre supimos que era un riesgo convertir a Agatha en Halcón, pero permítanme recordarles que ella siempre ha sido uno de los miembros más esforzados y leales de este clan —dice Maighstir Ross.

—Y además es una *retarch*, y por poco mata a doce personas.

—Ya basta, Clyde.

Por primera vez desde que comenzó la reunión, todos guardan silencio. Es cierto, casi mato a todas esas personas. No era mi intención. Fue un accidente. Ahora los ancianos están decidiendo qué hacer conmigo. Estoy aquí porque quiero saber. Vine después de la comida matutina, cuando nadie me veía. Nadie vive en este *bothan*. Sólo se usa para reuniones. Por eso lo construyeron alejado de los demás, sobre la colina. Es circular y en su interior sólo hay siete sillas y el enorme baúl en el que estoy metida. El baúl tenía muchas

cosas adentro, así que tuve que sacarlas primero y ocultarlas. Fue un buen plan. Entonces, me metí en el baúl y esperé. Los ancianos no aparecieron durante un buen rato, así que pasé todo ese tiempo esperando. No hay mucho espacio aquí adentro, así que no es nada cómodo. Me alegra haber dejado a Milkwort en el pequeño agujero de mi cama. Le gusta estar ahí y, además, se encuentra a salvo. Si lo hubiera traído, estaría apretujado junto a mí.

—Aquí tenemos tres cuestiones diferentes —dice Maighstir Ross—. Si permitimos que la chica permanezca en su oficio, qué haríamos con ella si le quitáramos su nombramiento y, aparte de las otras dos, si es necesario o adecuado un castigo. Empecemos por lo relacionado con su oficio.

—No se conservan registros de un miembro del clan al que se haya despojado de su nombramiento, salvo en casos de exilio.

—¿Y no podría permanecer nominalmente como Halcón, y que la mantengan en una zona menos importante de la muralla, bajo una supervisión cuidadosa? —tal vez sea Maistreas Sorcha la que habla.

—Se supone que estaba bajo supervisión de Lenox ayer, y miren hasta dónde nos llevaron las cosas.

—¿Y nos podemos dar el lujo de desperdiciar los ojos de otro Halcón para vigilarla a ella? Son escasos. Si la amenaza de los *deamhain* es real, necesitamos todos los ojos puestos en el mar.

¿De qué habla? ¿*Deamhain*?

—Entonces, ¿cuáles son las alternativas? —dice alguien, no sé quién.

—Podría capacitarse nuevamente para convertirse en una Perca —propone Maistreas Eilionoir, creo.

—Las Percas no querrán tener nada que ver con ella. Es torpe e incompetente. ¿Acaso no fue ésa la razón por la que decidimos ponerla en la muralla en un principio? ¿Con la esperanza de que cayera desde allá arriba y nos hiciera un favor a todos?

¿Qué ha dicho? Eso no está bien. No es fácil oír claro desde dentro del baúl.

—Esa forma de ver las cosas no nos ayuda para nada, Clyde.

—No voy a disculparme por poner en palabras lo que todos estamos pensando. No la nombramos Halcón pensando que llegaría a ser buena. Queríamos quitárnosla de en medio. Es la desgracia del clan. Y ahora, nos ha dado razones de peso que justifican esa reputación.

Siento que mis ojos se van enojando. Lo que dice no puede ser verdad. Soy una buena niña Halcón, soy una buena niña Halcón.

—¡Soy una buena niña Halcón!

Lo he dicho en voz alta porque no podía callarlo. Nadie dice nada. Oigo pisadas y luego la tapa del baúl se levanta. La luz de afuera es brillante. Parpadeo y veo a Maistreas Sorcha allí.

—Parece que tenemos compañía —dice. Maistreas Sorcha es la más joven de los ancianos. Es guapa y amable. Me ayuda a salir del baúl, cosa difícil porque estoy hecha un nudo.

Salgo del baúl. Todos los ancianos me miran. No me gusta, así que dirijo la mirada al techo. Está lleno de sombras que se mueven como si fueran seres. Pero no lo son pues si lo fueran, ya estaríamos todos muertos. Nos despedazarían. Eso es lo que hacen las cosas de sombra y uno no puede impedirlo. Además, esas cosas viven en tierra firme y no en Skye, por eso sé que no están aquí.

Maighstir Ross habla:

—Agatha, esto es algo que ninguno de nosotros esperaba. Supongo que sabes que está estrictamente prohibido entrar al *bothan* de los ancianos si no eres uno de ellos, ¿verdad? —me dice.

—Soy una b-buena niña Halcón —repito una vez más.

—Has demostrado varias cualidades que lo prueban, sí —afirma Maistreas Sorcha—, pero también has puesto en peligro varias vidas, y eso no se puede pasar por alto —se vuelve hacia los ancianos, y pregunta—: ¿Qué debemos hacer con ella?

—Ya que se encuentra aquí, bien puede quedarse para enterarse de su destino —dice Maighstir Ross. Me mira, señalándome con el dedo—: pero deberás permanecer en silencio todo el tiempo.

Abro la boca para decir que no es justo, pero Maighstir Ross me mira enojado y me callo. Maighstir Clyde resopla.

—Si la vas a dejar aquí para que yo tenga que refrenar la lengua, Ross, más vale que lo pienses dos veces.

—La hora de hablar ya ha terminado —dice Maighstir Ross—. El fuego está en su punto. Agatha, sé buena y pásame las *bhòt* que están dentro del baúl.

Las *bhòt* son unas piedras que se usan para tomar decisiones.

—Tengo que ir... b-buscarlas —digo, y salgo. Afuera ya está oscuro y me cuesta encontrar las cosas en el lugar donde las oculté, pero lo consigo.

—Las escondí entre los brezos —digo cuando vuelvo a entrar. Pienso que tal vez me dirán que fue un buen plan, pero nadie pronuncia palabra. Maighstir Ross coge la bolsa con las piedras y me siento en el baúl porque no hay ningún otro lugar donde hacerlo.

Maighstir Ross se levanta y vuelca la bolsa sobre el fuego. Unas piedras son negras y las otras grises. Se sienta y me dice:

—Las llamas se han apagado, pero las cenizas aún están calientes, así que escoger una piedra implica una experiencia dolorosa. Eso se hace para garantizar que sólo voten quienes ya tienen clara su decisión. Los ancianos del Clann-a-Tuath han votado así a lo largo de muchas generaciones —y luego le dice a uno de los ancianos—. Primer asunto: en relación con la consideración de si Agatha-Cabhar, aquí presente, debe ser castigada por la destrucción de un barco de los Pescadores, además del contenido de éste, así como de poner en peligro la vida de doce Pescadores que iban a bordo de dicho barco. Todos los que deseen votar, pueden hacerlo ahora.

Maighstir Clyde se levanta primero. Mira el fuego y mete la mano hasta el fondo, para sacar una piedra. No da señales de que le duela. Ha escogido una negra. Arroja la piedra a un lado y vuelve a su silla. Algunos de los otros ancianos hacen lo mismo. Las piedras que escogen son grises. Pasa un rato, y Maighstir Ross dice:

—*Na clachan bhòtaidh deiseil?*

—*Tha bhòtadh deiseil. Dearbh dhuinn an fhìrinn* —dicen los ancianos en la lengua antigua.

Maighstir Ross mira la pila de piedras y dice:

—El escrutinio indica uno a favor, cuatro en contra, y dos que se abstienen, con lo cual se acuerda que no se le impondrá ningún castigo. *Leig leis.*

—*Leig leis* —dicen todos.

Maighstir Ross me mira y me parece que está contento. Yo también estoy contenta de que no me vayan a castigar. Recoge las piedras y vuelve a ponerlas en el fuego.

—Segundo asunto —empieza—: decidir si Agatha-Cabhar, aquí presente, debe ser despojada de su nombramiento como niña Halcón. Todos los que quieran votar pueden hacerlo ahora.

Ya no estoy contenta. Quiero hablar, o tal vez gritar, pero he prometido quedarme callada. Soy un Halcón. No pueden hacer que ya no lo sea. No pueden, por favor, que no puedan.

Maighstir Clyde otra vez es el primero en coger una piedra del fuego. Los demás ancianos escogen las suyas también. La única persona que no lo hace es Maistreas Eilionoir. Permanece en su silla, mirándolos a todos y a mí.

—*Na clachan bhòtaidh deiseil?* —pregunta Maighstir Ross al terminar, y todos responden como antes. Entonces, mira la nueva pila de piedras. Esta vez, todas son negras.

—Con seis votos a favor y uno que se abstiene, se acuerda que a partir de este momento Agatha-antes-Cabhar ya no será reconocida como niña Halcón del Clann-a-Tuath. *Leig leis.*

¿Qué? No. Me levanto. No pueden hacer eso.

—No pueden hacer eso —grito—. No pueden hacer eso —me duelen los dientes.

—Agatha —la voz de Maighstir Ross se escucha calmada—, te he permitido permanecer aquí con la esperanza de que, al ver el proceso, podrías comprender mejor cómo se toman las decisiones, y el carácter definitivo de los acuerdos a los que llegamos.

—Pero no pueden —repito—. Soy una buena niña Halcón. Soy una b-buena niña Halcón.

Necesito arrojar algo. Agarro una taza y una manta y todo lo que tengo a mano y se los arrojo. No me importa si golpee a alguien o si caen al fuego. Hay manos que tratan de detenerme, pero no lo voy a permitir. Levanto el enorme baúl y lo

vuelco, y choca con las sillas y las derriba. Se oyen gritos. No me importa. Trato de zafarme, grito, embisto. Maighstir Clyde está frente a mí. Es muy rápido. No sé bien qué está haciendo hasta que termina de hacerlo. Me da un puñetazo en la cara y caigo al suelo.

Me duele la cabeza y sale sangre por mi nariz.

El *bothan* gira a mi alrededor.

Después, nada.